

Tendencias de la novelística mexicana contemporánea

Por Rosario CASTELLANOS

El narrador mexicano ha mantenido con su realidad circundante —política, social, histórica, en fin— un contacto directo, inmediato y tan íntimo que ha traspasado muchas veces esa frontera ante la cual se supone que debe detenerse para contemplar y transcribir, y ha invadido un terreno en el cual se pretende que es factible modificar.

Es por ello que desde las primeras novelas que aparecieron en el siglo XIX y gracias a las cuales se ha integrado nuestra tradición, la narrativa mexicana se ha convertido, con mucha frecuencia y de manera deliberada, en instrumento ideológico, en vehículo de moralejas y en refugio de utopías.

Porque nuestro mundo (y de ello tiene el escritor mexicano una vivencia propia e intransferible) no es el mejor de los mundos. Porque desde el día en que nos independizamos de la tutela española para caer bajo otras tutelas o, como se dice ahora, bajo otras órbitas de influencia, se impuso como una necesidad urgente, primero, levantar un inventario de nuestros haberes: he aquí lo heredado, lo adquirido. Y luego establecer una clasificación: he aquí lo vigente, lo que vale la pena conservar y lo desechable, lo que ha de ser sustituido por métodos nuevos, por útiles más idóneos, por estructuras más eficaces.

Naturalmente, en cada uno de los libros de ficción que es preciso leer y releer varían tanto las perspectivas desde las que se está juzgando el fenómeno social como los criterios desde los cuales se le califica y los puntos a partir de los que se propone su transformación.

La querrela entre indigenistas e hispanistas no es la única ni tampoco la pugna entre liberales y reaccionarios. Y, aunque ninguna de las dos haya sido liquidada aún, habrá que ponernos a la altura de los tiempos y hablar del antagonismo entre quienes enarbolan la bandera de la civilización occidental y los que sustentan doctrinas marxistas.

¿Pero qué pasa? ¿No íbamos a referirnos a la literatura? Aunque no lo parezca lo hemos estado haciendo. A la problemática nacional el escritor mexicano añade la que le depara su oficio propio. Y entonces se encierra en su torre de marfil para pulir la belleza de la forma y entregar a una *inmensa minoría* un producto precisamente elaborado. O se compromete con una causa a la que sirve con tal entusiasmo que se siente eximido de intentar la perfección. Las páginas se redactan a vuela pluma como si el destinatario (¿quién es el destinatario?, resultaría interesante una encuesta al respecto) tuviera una urgencia inaplazable por recibir las consignas adecuadas, por enterarse de las ideas correctas, por explicarse lo que ocurre.

Es prudente advertir que tales extremos coincidieron con épocas perturbadas por invasiones extranjeras, golpes de estado autóctonos, manos militares sueltas y grandes hambres y carestías. Que los intelectuales no podían aspirar a la especialización y que lo mismo se les requería para dirigir un ministerio de guerra o de finanzas que para desempeñar un puesto diplomático o para ocupar un escaño legislativo. Los que, como afirmó en una frase célebre (que ha ido adquiriendo la consistencia de un axioma) César Garizurieta, vivían fuera del presupuesto, es decir, en el error, tenían la opción de dedicar sus resentimientos y sus ocios a la elaboración de una obra que, ay, aguardaría —quizá en vano— el juicio de la posteridad en los estantes de una biblioteca despoblada cuando no profanada por un ejército bárbaro que iba a alimentar sus fogatas con aquel combustible tan oportuno.

En 1910 estalla una Revolución que es la única a la que nuestros historiadores le han conferido el honor de una R mayúscula. Participan en ella todos los ciudadanos y los escritores no constituyen una casta aparte. Siguen a los caudillos en sus andanzas, presencian y toman parte en las hazañas de las tropas, se enteran de las intrigas de los políticos y observan cómo, de aquella enorme convulsión, surge, no una república regida por la justicia, administrada por la honradez, dirigida por la inelegancia, enfrentada a los Leviatanes hostiles por la dignidad, sino una especie de caos en el que sólo se distinguían los perfiles nítidos de gobernantes rapaces, de soldados

arbitrarios y de burócratas deshonestos; un simulacro de paz en la que la única manera de imponer una tesis, de defender un interés, de dirimir una cuestión (aunque esa cuestión no fuera más que teórica) era la violencia y la muerte. Y, como telón de fondo, un campo devastado, una población harapienta y analfabeta, aniquilada por la enfermedad y al alcance del látigo del amo. Un amo flamante, ansioso de desahogar su energía y no como el que había desplazado con su victoria, cuya caducidad había llegado a adquirir el aspecto de la benevolencia.

Éste es el momento que le toca atestiguar a Mariano Azuela, quien impregna las páginas de sus libros de algo más que decepción: de asco. Éste es el momento del que rinde testimonio Martín Luis Guzmán, cuya proeza máxima es la de haber mantenido la objetividad en medio de aquellos vaivenes incesantes que carecían de la más mínima apariencia de sentido. Objetividad que vuelve translúcida la prosa, exacto y mesurado el estilo.

Pero ninguno de ellos podía tener lo que sólo da el tiempo para sopesar un acontecimiento histórico: perspectiva. Es Agustín Yáñez el primero que asume la Revolución como una totalidad, porque si bien la toma en *Al filo del agua* desde sus orígenes, lo hace situado ya desde sus últimas consecuencias. Y el balance es positivo. Porque Yáñez concibe la realidad como un conjunto de fenómenos inmediatamente accesible a la razón y, además, moldeable de acuerdo con las exigencias del hombre. En *La tierra pródiga* muestra cómo una lacra inmemorial —el caciquismo— desaparece cuando cambian las condiciones externas que la habían hecho más que posible, indispensable. Cuando la técnica incorpora zonas salvajes al ámbito de la civilización el cacique resulta anacrónico y se extingue como especie.



"...una profundidad inquietante y misteriosa..."

En esta misma línea de análisis, aunque no de optimismo hay que colocar la novela de Tomás Mojarro: *Bramadero*. Nos comunica el escándalo que siente cuando descubre que el ideal, en cuyas aras se sacrificaron tantos, ha sido escamoteado. Y que permanecen intactos todos los vicios, todos los privilegios, todos los sistemas de explotación en los cuales arraigó y fincó su longevidad la dictadura porfiriana.

Carlos Valdés, en *Los antepasados*, se remonta a causas más antiguas, a los albores de la guerra de Independencia y sigue las vicisitudes nacionales al través del hilo de una familia jalisciense. La amplitud del panorama le permite la serenidad suficiente como para no precipitarse emitiendo un veredicto que, en el mejor de los casos, tendría que ser provisional.

De la serenidad es fácil derivar al humor. Y es lo que hace Juan José Arreola en *La feria* cuando radiografía un pueblo (acaso el mismo pueblo de mujeres enlutadas de *Al filo del agua*, acaso el mismo pueblo de *Los antepasados*) y enfoca el objetivo de su aparato hacia los diferentes estratos que lo componen. Nos revela una imagen cuyo diagnóstico sería "mal incurable" si no mediara el apego visceral, inextinguible, de los más débiles, de los desposeídos, hacia lo único que puede ampararlos: la ley.

Jorge Ibarguengoitia en *Los relámpagos de agosto* arrebatada a los protagonistas revolucionarios esa máscara de ferocidad o de heroísmo tras la cual se ocultaron tantos años, para explorar un aspecto casi inédito de su personalidad: el ridículo.

La misma tarea cumple Emilio Carballido en *Las visitaciones del diablo* en lo que se refiere al porfiriato. No era ni tan férreo, como afirman las versiones oficiales, ni tan idílico como se empecina en exhibirlo el cine mexicano. Había una falta de coincidencia entre los actos y el lenguaje, una desproporción entre las normas de vida y las prácticas cotidianas, una distancia insalvable entre el querer y el poder que acababan por crear una atmósfera nebulosa compuesta, por partes iguales, de falsedad y de cursilería. En esto radicaba su vulnerabilidad y llamar a las cosas por su nombre habría sido una revolución, desde luego, menos cruenta y, tal vez, más auténtica y fructuosa.

Carlos Fuentes, en sus dos libros mayores *La región más transparente* y *La muerte de Artemio Cruz*, se basa en el mismo postulado hegeliano del que parten Yáñez y los demás sobre la racionalidad de lo real, pero encuentra que los fenómenos del mundo exterior son muy complejos y que, aún después de ser analizados, son susceptibles de interpretaciones contrapuestas. Además de ser objeto de polémica teórica la realidad es sitio para la lucha, premio para el vencedor. Y vence el que comprende las circunstancias, el que las domina gracias a la habilidad y a la astucia, el que no se ciñe a la rigidez de una doctrina sino que se acomoda a las fluctuaciones de lo que le circunda, el que aproveche aún los elementos imprevisibles. Y este espécimen ha sido, entre nosotros, el burgués, no el campesino ni el obrero, que tendrán que aguardar su turno.

José Revueltas, marxista declarado, miembro activo del Partido Comunista, miembro expulsado del mismo partido, fundador de células que aspiran a ser las depositarias absolutas de la ortodoxia, refleja sin embargo, en sus libros (y en el más importante de ellos: *Los errores*), una concepción muy peculiar del mundo.

La realidad, según Revueltas, no sólo está ahí y la captamos por medio de nuestros sentidos, sino que opone la densidad de un obstáculo que la mayor parte de las veces es insuperable. La realidad está sujeta a leyes que la razón alcanza a conocer. Pero estas leyes son tan numerosas que muchas permanecen ocultas y se imbrican de manera tan inextricable que aun el suceso más nimio da la impresión de haber emanado de una potencia sobrenatural en cuya arbitrariedad no aparece sino una constante; el gusto por la catástrofe que destruye a los protagonistas, la burla despiadada a sus propósitos y a sus intenciones al trastocar siempre los resultados de la acción humana. El hombre es entonces como una víctima de una deidad a la que no sacia ningún sufrimiento, ningún absurdo, ninguna abyección. Y todo esto lo padece desde su certidumbre de que el universo debería ser lógico y subordinable a los fines de la especie humana.

En los autores que hemos mencionado anteriormente se observa un ánimo de conferir a la anécdota elegida para ser narrada la facultad de ser representativa de un hecho general. En cambio, en los autores que vamos a citar a continuación, advertimos que escogen un sector del mundo (porque el mundo no es perceptible más que de modo fragmentario) y que lo expresan para hacer resaltar sus características y sus diferencias con los otros sectores.

Cuando lo que distingue y separa un sector de los demás es la raza, los cauces culturales en los que discurre la vida de una comunidad, se produce lo que se llama novela indigenista. La problemática de estos núcleos marginales es una problemática que sólo se da en el ámbito de esos núcleos y ninguno de sus planteamientos, de sus desarrollos y de sus conclusiones son aplicables fuera de ese límite. A sabiendas de esta condición ha trabajado Rosario Castellanos en *Oficio de tinieblas*.

Sergio Galindo encuentra un punto de coincidencia en el tipo de función que se desempeña en la sociedad. Los agentes migratorios de *La justicia de enero* giran en torno a ciertas disposiciones legales, lo que da un matiz determinado a cada conflicto individual. En *El bordo* lo que traza es un círculo de familia y lo cierra con una precisión que no deja ninguna vía de escape hacia otras constelaciones humanas.

La adolescencia, aunque transitoria, es también una peculiaridad. A describirla se dedica, con gran desenfado y acierto Gustavo Sainz en *Gazapo*. Esa mezcla de timidez y de osadía, de ignorancia y de adivinación, de parálisis y de ímpetu, está captada en un lenguaje vivo y directo, sabiamente equilibrado por la ironía.

Juan García Ponce nos habla de esas criaturas que proliferan en las grandes ciudades y que merodean en torno de lo que suponen que es una élite intelectual de la que imitan las actitudes más externas: la falta de respeto a los convencionalismos burgueses que va desde el descuido en el vestir hasta la práctica de anomalías sexuales. Pero que ni remotamente sospechan la dedicación y la disciplina que se impone a sí mismo el artista para crear su obra.

Figura de paja es el título de esta novela de García Ponce en la que transmite la superficialidad con que se ha asumido una forma de vida específica, al través de un estilo deliberadamente llano, exento de tensiones, que despoja de su gravedad aun a los acontecimientos que se consideran trascendentes.

Juan Rulfo y Elena Garro aceptan, como tantos de sus colegas, que la realidad está dotada de una evidencia indudable. Pero difieren de ellos en la manera como resulta accesible esa realidad para el hombre. No basta, dicen Rulfo y Garro, la inteligencia porque es ciega para percibir criaturas que no pertenecen a las dimensiones espacio-temporales, en las que rige el principio de la causalidad, y porque rechaza cualquier factor maravilloso y declara ilícito el procedimiento mágico. Entonces hay que recurrir a la intuición, que lo abarca todo. ¿Cómo, si no dejándose llevar por ella, podían haberse escrito novelas semejantes a *Pedro Páramo* y a *Los recuerdos del porvenir*?

Para Jorge López Paez la realidad es un hecho evidente u opaco, que se capta por la razón pero también por la intuición y por los sentidos; con la que se entra en contacto de un modo inmediato o diferido; que se nos da fragmentaria o totalmente. Esta serie de condiciones que acabamos de enumerar no es esencial y no se detiene siquiera a examinarla. Lo que importa es que la realidad está desprovista por completo de significado, de valor y, sobre todo, de interés. ¿Qué más da lo que les ocurre a los personajes de *Hacia el amargo mar* o de *Pepe Prida*? Es lo mismo que sufran o que se diviertan, lo mismo para nosotros y para ellos. La indiferencia, el aburrimiento constituyen la tónica en que se desenvuelven esas vidas.

En cambio ¡qué ebullición en las palabras con que Ricardo Garibay nos hace *Beber un cáliz*! Descendiente directo de Bernanos, católico visceral y apasionado, se rehúsa a relacionarse con lo que lo circunda sino bajo el signo de lo moral. La Creación entera está marcada por un signo negativo y tuvo que venir un redentor y rescatarnos con su sufrimiento y con su muerte. Pero la pasión de Cristo se repite, con infinitas variaciones, en cada cristiano. Lo que no varía jamás es el sentido: sufrimiento y muerte equivalen a redención y rescate.

Y ahora hemos de abandonar el terreno de las certidumbres para arriesgarnos en las arenas movedizas de la duda. Ninguno de los escritores a los que vamos a referirnos en adelante pone la mano en el fuego para jurarnos que la realidad existe. Ninguno tampoco la pondría para jurarnos que no existe. Si acaso, y por medio de torturas, le arrancaríamos la confesión de que es una hipótesis de trabajo. Nada la comprueba ni la desmiente. Pero en todo caso hay, entre el mundo exterior y nuestros procesos interiores, una distancia que ignoramos si es posible o no abolir.

Sergio Fernández responde en *Los signos perdidos* y en *En tela de juicio* que el paralelismo entre lo de afuera y lo de adentro subsiste en todas las circunstancias. Y que cuando se da una correspondencia entre un objeto y un estado de

ánimo, esa correspondencia debe ser imputada al azar, nunca exigida a la causalidad. Por eso ambas novelas son la patética imagen del desencuentro. Como el diálogo no es posible, el idioma cesa de fungir como vehículo de comunicación. No revela la intimidad, no manifiesta lo secreto. Si sirve para algo es para que las conciencias aisladas puedan, en sus soliloquios, darle un nombre más o menos aproximado a sus sentimientos, a sus reflexiones, a toda esa gama de actos psicológicos de los que son, simultáneamente, protagonistas y espectadores.

En este mismo camino avanza Luisa Josefina Hernández cuando escribe *El lugar donde crece la hierba*. Ahí el lenguaje se usa como un instrumento para ocultar, para cubrir los hechos, para hacer más impenetrable el silencio. Toda su obra posterior, muy numerosa, muy abundante en títulos, es una tentativa cada vez más próxima a lograr la ruptura del solipsismo.

Y Josefina Vicens en *El libro vacío* declara que todo lo que nos concierne es inexpresable. Cada hombre, según el hermoso verso de José Gorostiza, es una "isla de monólogos sin eco". Pero hay que añadir que los monólogos no alcanzan siquiera a ser formulados porque las palabras ya no se encuentran bajo nuestro dominio, porque han dejado de ser un patrimonio nuestro, porque algo (¿la rutina?, ¿el embrutecimiento progresivo y fatal?, ¿el cansancio de pertenecer a la especie humana porque ello nos exige un esfuerzo cuyo mantenimiento nada justifica?), nos ha reducido a la mudez.

Pero aun mudos conservábamos nuestra integridad. La infancia, la adolescencia, la juventud estaban presentes gracias a la memoria. Las evocábamos con nostalgia, las rechazábamos con ira, con dolor, con impotencia de comprenderlas, de asimilarlas, de incorporarlas a nuestra edad actual. Pero no las borrábamos con el olvido, no las apartábamos —como si fuera una cifra que no cuenta— de la suma entera de nuestra vida.

Que nuestra vida es una sucesión de instantes ya lo sabíamos desde nuestras lecturas de Joyce y de Proust y que cada instante era susceptible de ser sometido a un análisis exhaustivo hasta que no quedara una brizna suya que se nos hubiera escapado. Pero que el instante pudiera seccionarse, sin desgarramiento,

de los instantes que lo antecedieron y de los que le siguieron —como si nuestra constitución fuera semejante a la de la tenia en la que cada partícula no guarda sino nexos accidentales con las otras y conserva la facultad de reproducirse hasta el infinito— era la sorpresa que nos tenía reservada Julieta Campos en su novela *Muerte por Agua*.

La estructura de esta obra no puede ser ni más rigurosa ni más sencilla. El tiempo en el que transcurre la acción es el de un día gris y lluvioso con su correspondiente noche y su mañana subsiguiente. Los personajes son tres: una madre, una esposa, un marido. El lugar: una casa sometida a un proceso natural de deterioro. ¿Y la acción? Nada extraordinario: el desayuno en familia, la dedicación de cada uno a las labores que le son propias: las mujeres confinadas en el hogar, el hombre desempeñando una vaga función en la calle. No asoma, por ninguna parte, ni la promesa ni la amenaza ni la inminencia de nada. No se da el menor indicio de ningún conflicto latente, no se es alía en ningún paroxismo, no se alude a ningún punto neurálgico del pasado. Y sin embargo, en la relación de estas tres personas entre sí y de estas tres personas y los objetos de las que están rodeadas existe una profundidad inquietante y misteriosa. ¿Por qué la hija, la esposa, recibe tal exceso de protección, de mimos, de parte de los otros dos? ¿Por qué el marido reprime, antes de que afloren, sus impulsos agresivos y se abandona a un remoto sentimiento de culpabilidad? ¿Por qué la madre "se pone a barrer el cuarto (no deja que nadie lo haga) y a acariciar los muebles con el plumero como si les agradeciera estar ahí todavía, no haberse escapado sigilosamente por la noche, deándole otros iguales pero falsos, de los que nadie más que ella podría sospechar, teniendo que ocultar el engaño, que disimular esa especie de humillación secreta, ese rechazo inconfesable de las cosas que uno ama"? ¿Qué sugiere esa colección de muñecas a la que la hija mantiene vestidas y adornadas? ¿A qué rito obedece ese preparativo diario para un paseo que nunca se consuma? Algo ha acontecido allí alguna vez; algo grave y definitivo, tan grave y definitivo que ninguno se atreve a recordarlo. En ocasiones trata de emerger algún contenido hasta el nivel de la conciencia, hasta el umbral de la palabra. "Yo sé, tú sabes,



"...se siente eximido de intentar la perfección..."

él sabe, nosotros sabemos. Y yo diciéndote estas cosas. Yo prestándome. ¿Adónde vamos a parar? Yo te digo, tú me dices, él nos dice y no nos decimos nada. Dios mío, no nos decimos nada. Los pescadores ponen las redes en las rocas y los pescados amontonados todavía se mueven un poco. No sé si todavía... Pero ese "no saber si todavía" es más que una esperanza de salir del marasmo, un temor de contemplarse a sí mismo en un espejo de cuerpo entero, a plena luz y en la más implacable y dolorosa de las vigiliadas.

Tal catástrofe, o tal catarsis, no ocurre a lo largo del libro. Se impone la inercia, el gesto mecánico que no hay que inventar sino que repetir, triunfa la cobardía.

Pero, añadirá por su parte Lidia Zuckermann —en sus dos novelas *Anoche tuve un sueño extraño* y *Triste columpio*— la toma de conciencia no se cumple sin una técnica adecuada y sin auxilio aieno. El alma no se recupera sino al través de un tratamiento psicoanalítico. Se establece así, entre paciente y médico, una de las ligas humanas más profundas y que equivale, en el terreno religioso, a la de confesor y penitente o, en el terreno opuesto, entre víctima y verdugo quienes, confundidos, se precipitan a las profundidades infernales. La relación es ambivalente, de apego y de repulsa, de acogimiento amoroso y de crítica implacable, de afirmación y de aniquilamiento. Pero el Dante y el Virgilio de nuestros días se comunican y se atraen no sólo de una manera pedagógica, porque son coetáneos y además porque pertenecen a sexos opuestos. Los protagonistas de esta aventura del descubrimiento del yo experimentan un sentimiento erótico. Pero, ay, no es la estación última del tránsito, no puede serlo más que en los cuentos de hadas y en las novelas rosas. Porque la vida continúa fluyendo, porque nuestro corazón se vacía y se llena en un movimiento sistólico y diastólico. Porque no podemos detenernos ni aun en aquello que nos deslumbró como la felicidad, porque también la felicidad es cambio y fuga hacia otras metas, quizás no deseadas pero sí necesarias.

Después de todo, tercia Vicente Leñero en *Estudio Q*, ¿para qué preocuparnos de si el personaje es íntegro o fragmentario, si de ningún modo vamos a asirlo ni va a revelarse? Tomemos, por ejemplo, a un mentado Alex, actor de la televisión, especialista en papeles de galán joven. Para que vayamos despejando el enigma se nos hace entrega de su acta de nacimiento que nos proporciona una serie de datos: nombre completo y edad, nombre completo y edad de los padres, nacionalidades respectivas. Como eso nos deja en ayunas Leñero añade una ficha antropométrica: estatura, longitud de los brazos y de las piernas, etcétera. La apreciación morfológica nos lo define como "de una carnación repartida en masas redondeadas, apreciablemente musculosas pero recias". No basta. Hay que recurrir a su historia clínica en la que lo único que resalta como anormal es la referencia al hígado: "duro, liso y doloroso a la palpación." Se le somete a un estudio frenológico basado en los principios de Gall y Spurzheim; a un análisis anatómico fisiológico que no acierta, siquiera, a "encuadrar al sujeto analizado, de manera definitiva, dentro de alguno de los cuatro temperamentos físicos o hipocráticos tradicionales". Y hay un análisis fisonómico simple y otro planetario en cuya cláusula sobre la predestinación general se afirma que "la suerte lo acompaña... en amor se ve ampliamente favorecido...". Su horizonte suele ser tan halagador como es obligatorio en este género literario. Su estudio quirológico describe el tamaño y las características generales de la mano, primero, de los dedos, después, a los que va examinando uno por uno. Y no pasa por alto ni los montes de la Luna ni los de Venus ni las líneas de la salud y de la longevidad ni ninguna de las consabidas fuentes de investigación de esta ciencia tan discutible. La cartomancia también echa su cuarto a espadas y la exploración psicológica (con Rorschach y lo demás) nos dice que, en la esfera emocional, por ejemplo, el resultado es éste: "(M: suma C igual 1; 3; c; FM)".

¿A qué seguir? Alex irá perdiendo su identidad para encarnar convincentemente cada una de las figuras de ficción que le encomiendan sus jefes. Hasta que un día, a semejanza de las criaturas de Pirandello o de Unamuno se rebela contra su autor e intenta (¿de veras se rebela?, ¿de veras intenta algo?, ¿de veras lo logra? La Ambigüedad permanece incólume) un suicidio auténtico para sustituir el de utilería que se había planeado.

Sin meterse en tantos dibujos Salvador Elizondo va al meollo de la cuestión en *Farabeuf*. Novela que se desarrolla en varios planos, que está sembrada de pistas falsas para atrapar la atención del lector (¿qué asunto más espeluznante que la descripción minuciosa de la fotografía de un suplicio chino? ¿qué tema más prometedor que la identificación última entre la tortura, la muerte, y la entrega amorosa, el deleite lascivo?),

pero en la que se destaca muy claramente la problemática central que es la de la existencia del yo.

He aquí las alternativas:

"¿Y si sólo fuéramos la imagen reflejada en un espejo? Somos el recuerdo de alguien que nos está olvidando? ¿O somos tal vez una mentira?"

"1. Si es que somos tan sólo la imagen en un espejo ¿cuál es la naturaleza exacta de los seres cuyo reflejo somos?"

2. Si es que somos la imagen en un espejo ¿podemos cobrar vida matándonos?"

3. ¿Es posible que podamos procrear nuevos seres autónomos, independientes de los seres cuyo reflejo somos, si es que somos la imagen en un espejo, mediante la operación quirúrgica llamada acto carnal?"

"Alguien ha señalado la posibilidad de que seamos una realidad inquietante: la de que seamos nada más que las imágenes de una película cinematográfica. En tal caso, para recordarlo con precisión, haría falta la misma música, los mismos ruidos, porque estas imágenes casi siempre van acompañadas de música cuando los personajes no hablan, cuando sólo es dado contemplar sus rostros insistentemente en esa oscuridad aparentemente silenciosa, pero que, sin embargo, está llena de rumores y del sonido que hacen los cuerpos en la quietud. Hubiera sido preciso escuchar exactamente la misma música, exactamente la misma..."

"Habéis hecho una pregunta: ¿Es que somos acaso una mentira? decís. Esta posibilidad os turba, pero es preciso que os avengáis a pertenecer a cualquiera de las partes de un esquema irrealizado. Podría ser, por ejemplo, los personajes de un relato literario del género fantástico que, de pronto, han cobrado vida autónoma. Podríamos, por otra parte, ser la conunción de sueños que están siendo soñados por seres diversos en diferentes lugares del mundo. Somos el sueño de otro. ¿Por qué no? O una mentira. O somos la concreción, en términos humanos, de una partida de ajedrez cerrada en tablas. Somos una película cinematográfica, una película cinematográfica que dura apenas un instante. O la imagen de otros, que no somos nosotros, en un espejo. Somos el pensamiento de un demente. Alguno de nosotros es real y los demás somos su alucinación. Esto también es posible. Somos una errata que ha pasado inadvertida y hace confuso un texto por lo demás muy claro: el trastocamiento de las líneas de un texto que nos hace cobrar vida de esta manera prodigiosa; o un texto que, por estar reflejado en un espejo, cobra un sentido totalmente diferente del que en realidad tiene. Somos una premonición; la imagen que se forma en la mente de alguien mucho antes de que los acontecimientos mediante los cuales nosotros participamos en su vida tengan lugar; un hecho fortuito que aún no se realiza, que apenas se está gestando en los resquicios del tiempo; un hecho futuro que aún no acontece. Somos un signo incomprensible trazado sobre un vidrio empañado en una tarde de lluvia. Somos el recuerdo, casi perdido, de un hecho remoto. Somos seres y cosas invocados mediante una fórmula de nigromancia. Somos algo que ha sido olvidado. Somos una acumulación de palabras; un hecho consignado mediante una escritura ilegible; un testimonio que nadie escucha. Somos parte de un espectáculo de magia recreativa. Una cuenta errada. Somos la imagen fugaz e involuntaria que cruza la mente de los amantes cuando se encuentran, en el instante en que se gozan, en el momento en que mueren. Somos un pensamiento secreto..."

¿Adónde conducen éstas y otras inquisiciones? ¿Adónde van a parar tantos senderos que se bifurcan? Lo único que advierte el lector y lo único que puede colegir lícitamente el crítico es que estos textos representan un conjunto de esfuerzos por poner en crisis el lugar común en el que habíamos arraigado; por inventar una actitud que sustituya esa otra que legó a estereotiparse de tal manera que ya no éramos capaces de contemplar sin un rubor de vergüenza y sin un amago de náuseas; para elaborar un cuestionario, con base en una serie de elementos que hemos ido adquiriendo en nuestra experiencia y que configuran nuestra situación actual, acerca de quiénes somos y dónde estamos. El planteamiento no excluye ni el rigor extremo ni la audacia última para poner cualquier postulado radical ni para aceptar cualquier conclusión estremecedora. Pero tampoco deja fuera del campo de las posibilidades de enfrentamiento a los problemas ni el humor, ni la gracia ni la disciplina, que también son puntos de vista válidos.

El resultado, que ya se palpa, que ya se aplaude es esa variedad de los temas, ese enriquecimiento y esa complejidad de las técnicas narrativas, esa libertad del estilo y ese placer por la experimentación que, como va más allá del snobismo, alcanza el hallazgo fecundo y promisorio.